

Las fuentes humanísticas en la historiografía quevediana: los reyes primitivos en la *España defendida*

Victoriano Roncero López
SUNY Stony Brook

En el *Praefatio*, 7 a su historia de Roma Tito Livio concede que

Datur haec uenia antiquitati ut miscendo humana diuinis primordia urbium augustiora faciat; et si cui populo licere oportet consecrare origines suas et ad deos referre auctores, ea belli gloria est populo Romano ut cum suum conditorisque sui parentem Martem potissimum ferat, tam et hoc gentes humanae patiantur aequo animo quam imperium patiuntur¹.

El historiador romano recoge aquí una tradición que habían iniciado los poetas griegos en los siglos VII y VI antes de Cristo, siguiendo la estela homérica, con la unión entre poesía e historia. En sus poemas se cantaba a los héroes fundadores de ciudades y estados, a los que se atribuía un fundador mítico; para ello se basaban en el parentesco formal entre los nombres de ambos. El uso de la etimología en esta situación se convertirá en práctica común que se extendió, como vamos a ver, hasta el siglo XV de nuestra era. Pero no todos los griegos aceptaban estas leyendas, como lo demuestra el hecho de que Jenófanes rechazara el origen divino de algunos de sus antepasados o la opinión de Hecateo de que muchas de las historias de los griegos antiguos eran ridículas, opinión compartida por Heródoto y Tucídides, que intentaron crear una historia que separara la mitología de la historia², aunque este último consideró a Minos y Agamenón como personas reales. Sin embargo, estas críticas no impidieron que la tradición arraigara en Roma, que vio en la «genealogía etimológica» una forma de recu-

¹ Titi Livi, *Ab urbe condita*, I, 1974, p. 2.

² Véase para este tema Arnaldo Momigliano, 1990, pp. 32-34, y Michael Grant, 1995, pp. 25-27.

peración de los valores tradicionales. La leyenda de Rómulo y Remo amamantados por una loba, a la que como vamos a ver se refiere Quevedo, es una más de las leyendas del origen mítico de distintas monarquías que se pueden encontrar en civilizaciones antiguas, entre las que podemos citar la del rey Ciro criado por una perra o la de Habis en nuestro propio pasado legendario. Los romanos perseveraron y profundizaron el proceso de mitificación hasta sus últimos momentos, quizás recordando la máxima ciceroniana de que «a fabulis ad facta veniamus», como lo demuestra que todavía Plutarco aceptara como auténtica la leyenda de Rómulo y Remo o la existencia de una obra escrita en el siglo IV d. de C.: la *Origo gentis romanae*, obra en la que se relata la historia de Roma desde Saturno hasta Rómulo y Remo.

Con la llegada y triunfo del Cristianismo no se terminó con la búsqueda del origen de las ciudades y monarquías, sino que se le añadió un nuevo y significativo elemento: la *Biblia*. Los escritores cristianos no podían considerar ya para sus antepasados los orígenes míticos, sino que debían recurrir a la historia sagrada. No era la primera vez que los historiadores dejaban de lado la tradición greco-latina, sino que en las obras de autores judíos (Josefo), caldeos (Beroso) o egipcios (Manetón) se pretendía demostrar que sus culturas eran más antiguas que la helénica. Con la irrupción bíblica se creó el que fue otro núcleo importante en la búsqueda del pasado: el veterotestamentario. A partir de este momento, los pueblos cristianos buscaron en Noé y sus descendientes sus orígenes, sin desechar por ello, como vamos a ver, la tradición clásica que todavía pervivirá en la historiografía renacentista. Los capítulos 10 y 11 del *Génesis*, que describen la descendencia de Noé y la confusión de las lenguas tras la construcción de la torre de Babel, proporcionaron a los historiadores cristianos la mina de la que extraer a los fundadores de los distintos reinos europeos. Para citar un ejemplo curioso y extremo, basta recordar que el historiador holandés Johann van Gorp, el Goropius Becano citado por Quevedo en la *España defendida*, afirmó que los holandeses habían sobrevivido al Diluvio y que, por tanto, su lengua era la que hablaba Adán³. Pero, como hemos dicho, los autores medievales y renacentistas asimilaron también esa tradición clásica que les permitía elegir entre los héroes troyanos aquellos a los que atribuir la fundación de su reino o ciudad; en este sentido, la obra de Homero se convirtió en el lugar favorito para descubrir al primer poblador, como ponen de manifiesto las palabras de Montaigne en las que elogia al poeta griego, recordando que la mayor parte de las naciones buscan en él sus orígenes: «Non seulement aucune races particulieres, mais la plus part des nations cherchent origine en ses

³ Tomo el dato de Grafton, 1991, p. 100.

inventions»⁴; así pues, a la tradición homérica unieron la bíblica que establecía el origen de los pueblos en la descendencia de Noé.

Con estas fuentes los historiadores se lanzaron a competir para encontrar el antepasado más antiguo y glorioso, búsqueda que resumió Pompeo Pellini declarando que lo que hacía noble a una ciudad era su antigüedad y la grandeza de su fundador⁵. Esta competición tuvo como resultado la invención de pasados mitológicos absurdos, en los que, tomando, en ocasiones, como base fuentes clásicas, los historiadores europeos hicieron surgir auténticas dinastías de reyes legendarios a los que dotaron de una biografía, una cronología y una bibliografía, como si se tratara de auténticos monarcas históricos. Entre estos falsificadores hay que destacar al dominico italiano Annio de Viterbo, quien con su *Commentaria super opera diversorum auctorum de antiquitatibus loquentium; eisdem chronographia etrusca et italica*, publicada en Roma en 1498, dotó a las principales naciones europeas, y sobre todo a la española, de una coherente y extensa nómina de reyes míticos. Para ello se sirvió de métodos filológicos, pues como afirma Anthony Grafton: «Forgery and philology fell and rose together, in the Renaissance as in Hellenistic Alexandria; sometimes the forgers were the first to create or restate elegant critical methods, sometimes the philologists beat them to it»⁶. Ciertamente sus invenciones encontraron críticos que descubrieron sus supercherías, entre los que se encuentran los españoles Juan Luis Vives, Melchor Cano, Antonio Agustín y el propio Quevedo, pero fueron muchos más los que las aplaudieron y utilizaron para encumbrar sus orígenes nacionales, que rivalizaban y sobrepasaban los de Grecia y Roma, que habían sido enormemente elogiados por los humanistas. Incluso se dio el caso de líderes protestantes como Lutero que aceptaron sus falsedades, porque su historia suponía romper la hegemonía temporal de la civilización pagana en favor de la judaica. Humanistas como Postel, Le Roy, Pierre de la Ramée o Justo Lipsio, por su nacionalismo, aceptaron como auténticas algunas falsificaciones del de Viterbo, concretamente la del pseudo-Orosio⁷.

A pesar de esto, no debemos olvidar que en la historiografía renacentista hubo intentos de eliminar del pasado personajes y hechos legendarios, pero con el encargo de dejar siempre en pie aquellos mitos que fundamentaban el pasado glorioso de la ciudad o nación. Un buen ejemplo lo tenemos en el historiador Bernardo Giustiniano, que recibió el encargo del senado veneciano de des-

⁴ Citado por Lida, 1981, p. 114.

⁵ Tomo el dato de Cochrane, 1985, p. 288.

⁶ Grafton, 1991, p. 103.

⁷ Jehasse, 1976, p. 50, afirma que así demostraban «la grandeur française et du destin providentiel qui depuis Noë lui est assigné».